



EXCMO. SR. D. JOSÉ LÓPEZ RUBIO

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo LXXXVI. - MAYO-AGOSTO DE 1996. - CUADERNO CCLXVIII

José López Rubio

(1903-1996)

Nuestro compañero, recientemente fallecido, José López Rubio, era el último superviviente de un grupo cuyo estudio y valoración no se han hecho todavía con suficiente detenimiento en su significación última, en cuanto a una interesante fase de la escritura teatral en España. Fueron aquellos escritores que, en calidad de guionistas y dialoguistas, marcharon a Hollywood para trabajar en las versiones castellanas de muchas películas, destinadas al mercado hispano: Jardiel, Neville, Tono, Mihura y nuestro fino y ponderado humorista, escritor, guionista y hombre de teatro, José López Rubio. Porque es de destacar la corriente de modernidad que ellos insuflaron a nuestra escena, sin perder su identidad castiza en muchos aspectos. Fue, como es natural, una modernidad que no había pasado por las vanguardias europeas, entonces en su mayor y más decisiva manifestación. La América de entonces, era otra cosa, digámos simplemente que era otro mundo, sin duda no mejor, pero con rasgos muy marcados, casi los principios de otra civilización.

Tras la guerra civil se manifestó en España un determinado teatro de evasión, introducido especialmente por estos escritores, que mostraron una soltura iróni-

ca, una flexibilidad técnica y una forma de imaginación desusadas para nuestra escena. Y no debemos olvidar que, en los años que, en Inglaterra y luego en todo el mundo, triunfaba el teatro de Noel Coward, cinco de nuestros más relevantes dramaturgos españoles tocaban los mismos resortes de humor, asumidos a través del cine americano, sin perder su perfil español a causa del vigor expresivo de nuestra lengua, lo cual tuvo mucha parte en la concepción global de sus obras, sin que ello se hiciera demasiado evidente por aquel momento, lo que hoy nos parece mucho más detectable. López Rubio no tiene una sola obra mal construida, todas están meditadas con las exigencias técnicas de un guión y con una cierta frialdad calculadora de la progresión dramática, de la forma digamos inflexible que muchos estudios cinematográficos imponían entonces. Un oficio de dramaturgia, basado en la eficacia espectacular. El ritmo de los diálogos se aceleró, instado por la propia comedia cinematográfica; el humor nos adelantaba sorpresas —sobre todo de carácter verbal— premonitoras del teatro del absurdo y despatetizadas, al modo de los hermanos Marx —estimuladas por el cine cómico y musical americano, cuya versión centroeuropea, expresionista y nihilista, aunque más antigua y probablemente llevada a América por los emigrantes, se consagró quince o veinte años más tarde. Por ello, el teatro de José López Rubio manifestó desde el principio una suerte de elegante frescura, una facilidad verbal que jamás tocaba la banalidad, pero se disfrazaba con sus atributos. Una de sus obras mayores, como es *Celos del aire*, se desenvuelve como un brillante vals de parejas que se interrelacionan, observando escrupulosamente el canon musical: tema, contratema, variaciones y coda final. El sonido también es suave, con la predominancia instrumental de la cuerda, de los violines. Nada de eso nos parece tan nuevo hoy —que vivimos en los antípodas de este aspecto de la literatura dramática— pero no podemos negar que

sea una de las cosas más difíciles de conseguir. Difíciles porque en ello hay que competir con mucho teatro de Lope de Vega y, lo que no debe parecer tan extraño, de Mariveaux. Anécdota leve y entretenida —también levemente filosófica— pero rebozada en un infatigable ingenio coloquial, que deja entrar el lirismo —un lirismo muy especial— por muchas de sus junturas. Lo que llamamos la “comedia bien hecha” tuvo en López Rubio un exponente de gran calidad, como tenemos en Cukor, Wilder y algunos otros directores del cine americano de aquellos tiempos, paradigmas del “film bien calculado”, que atiende a las necesidades de un público muy vasto, conservando una calidad que también satisface a los más exigentes.

El teatro español de aquellos tiempos de posguerra y casi de veinte años más tarde, ha sido demasiado desdénado por la militancia política y social que lo marcó después, pero si lo comparamos con el inmediatamente anterior a la generación de López Rubio, en general la diferencia cualitativa, exclusivamente literaria, es más que notable. Encontramos aquel de una lamentable zafiedad, de una simplicidad en los efectos cómicos o líricos que nos lo alejan demasiado. En ello despuntan dos o tres cimas, pero en esa generación de autores, donde el último representante era nuestro querido colega, los cinco ingenios que he nombrado se distinguen por una nivelación y un equilibrio, una unidad, corrección y limpieza verbal, un tono inequívoco y perfectamente definido.

López Rubio ha sido, además, un miembro bastante activo de nuestra Academia, tan sólo sea por la ingeniosa y constante aportación de notas, que revelan su gran espíritu creador y observador de la lengua común. Fuesen o no de una certidumbre sin fallos, revelan el entusiasmo explorador que animó a López Rubio en torno a vocablos de acuñación moderna y que, con sabia ingenuidad —valga la paradoja— puso al servicio de la Academia. Esta ha perdido con él a uno de los

más pulcros escritores dramáticos, que mucho contribuyó, en determinado momento de nuestro devenir histórico, a levantar el tono general de nuestra escena.

F. MORALES NIEVA.